



# EVOCACIÓN

---

*Stella Serrano de Moreno*

Postgrado de Lectura y Escritura  
Facultad de Humanidades y Educación  
Universidad de Los Andes  
Venezuela

Desde lo profundo de nuestros corazones podemos aseverar que escribir sobre la maestra y la amiga es tarea fácil. En María Eugenia Dubois percibimos que se conjugaban estas dos excelentes cualidades, insuperables, aunadas a sus exigencias inquebrantables en nuestra formación profesional. Este testimonio lo hemos abordado individualmente porque, como seres humanos, percibimos cada vivencia de manera personal.

En esta evocación de sentimientos y recuerdos agradables, de tiempos compartidos, no puedo menos que experimentar una sensación de nostalgia al evocar aquellos días fundamentales, decisivos para mi formación, al lado de la profesora María Eugenia Dubois.

Hablar de la profesora María Eugenia hoy, me obliga a remontarme treinta años atrás, cuando en el año de 1977 fue invitada al Departamento de Pedagogía para coordinar un seminario de investigación educativa dirigido a profesores, la mayoría recién ingresados a la Facultad de Humanidades y Educación. La profesora Dubois, efectivamente aceptó con gran disposición dirigirlo y, a los pocos días, Josefina Peña, Ana Luisa Angulo, Begoña Telleria, Margarita Pacheco, Mary Rodríguez, Elvia Barroso y yo emprendimos el trabajo. Este seminario fue el inicio de un largo y fértil camino en el área académica que nos condujo por la senda del saber, del conocimiento y de la consolidación de grandes y profundos afectos que hoy permanecen en el tiempo, a pesar de las dificultades, que, como es natural, debimos sortear. Recuerdo que yo acababa de ingresar como profesora contratada en la cátedra de Didáctica y como parte del Plan de formación, la profesora Ana Luisa, jefa del Departamento de Pedagogía y Didáctica, me asignó como una actividad irrenunciable el participar en el Seminario de Investigación. Por estas razones, comencé entonces, con el oportuno, abnegado y talentoso acompañamiento de la profesora Dubois, a dar mis primeros pasos por el camino de la actividad docente y de investigación.

Aquellos fueron tiempos de arduo y exigente trabajo, tan exigente como era quien lo coordinaba, pues sus demandas y requerimientos eran elevados. Para ella no había tregua ni excusa válida, debíamos cumplir con las actividades y tareas asignadas, a pesar de todas las circunstancias profesionales y personales que nos rodeaban y que podían impedirnos su realización.

Esta gran convicción del cumplimiento del deber, mostrado por la profesora Dubois, se fue arraigando tan profundamente en nuestro ser y en el hacer cotidiano que creo que sigue indeleble en nuestras vidas. Sí, sin duda, muchas de sus enseñanzas, como Maestra, a través del ejemplo, siguen aquí muy dentro de nosotras. Porque eso fue María Eugenia para mí, ¡una verdadera Maestra! Con su autenticidad, contribuyó con fecundidad a mi educación docente. Fue tanto lo que aprendí de ella, que puedo afirmar que mi ser docente bebió de su fuente y recogió mucho del ejemplo que ella como educadora nos ofreció; porque como afirma el poeta, si amas y vives en la autenticidad, educas sin proponértelo, y hoy puedo decir, con absoluta certeza, que así ocurrió.



Era una mujer incansable, con una profunda vocación de servicio y con una gran disciplina en todo cuanto se proponía realizar. Ella creía en que debía hacer las cosas bien en su vida y con un gran amor. Era vertical, muy sincera, tanto que a veces sus palabras dolían por la forma directa, clara y sin dobleces con que las expresaba. Porque María Eugenia, por su formación, se caracterizaba por su agudeza e ingenio intelectual, tenía siempre una visión crítica y era a la vez muy reflexiva. Sus argumentos eran marcados por la profundidad en sus razonamientos y expresados siempre con absoluta claridad, derivados del saber emanado de sus lecturas, porque, ella era una gran lectora y eso siempre trató de transmitirlo a todas nosotras con su ejemplo.

María Eugenia nos incorporó al mundo de la lectura académica. En todo momento se preocupó porque como profesoras en formación leyéramos y nos actualizáramos en el conocimiento del área. Esa convicción tan clara en ella hizo que nos acompañara, durante más de veinte años, en un seminario de lectura que conducía con esa profunda vocación. Cada vez que viajaba a Caracas o al exterior, bien a la Argentina, a los Estados Unidos o Europa siempre venía cargada con cantidad de libros y de autores actualizados, las últimas teorías en el campo de la lengua escrita, los reportes de investigación más recientes o los últimos libros de literatura que compartía con nosotras con absoluta alegría y con la firme certeza de su contribución a nuestra for-

mación. Cuando nos los presentaba era porque ya los había leído y hablaba de los autores y temas con tanto interés e ingenio como con explicaciones válidas que, indudablemente, nos hacía reconocer la vigencia y la indiscutible pertinencia para el área, de todos los temas elegidos en ese momento.

Así hacía que nos engancharáramos y abordáramos la aventura de leer como algo gratificante y de sumo interés para nuestro desenvolvimiento profesional. Así conocimos a los grandes investigadores del área de la lengua escrita: Frank Smith, Kenneth y Yetta Goodman, David Rumelhart, Emilia Ferreiro, María Elena Rodríguez, Ana Teberosky, Donald Murray, Jean Piaget, Lev Vygotsky entre muchos otros. Quiero hacer mención especial a Louise Rosenblatt y su teoría transaccional de la lectura y la escritura, a quien ella admiró profundamente y a quien luego se vinculó con sumo interés, llegando a mostrar una notable influencia en su vida académica y en sus escritos. Todos estos autores, y muchos otros que vinieron luego, fueron leídos y conocidos por nosotras gracias a María Eugenia, porque ella quería inculcarnos siempre ese gusto y esa gratificante experiencia tan valiosa para nuestras vidas. El rigor en la búsqueda del conocimiento, el estudio fundado en la reflexión y el cuestionamiento y el trabajo realizado con exigencia, mantenidos a lo largo del tiempo se convirtieron en terreno fecundo para que todas nosotras pudiéramos alcanzar, en diciembre de 1982, el Grado Académico de Magíster en Educación Mención Lectura.

María Eugenia, con esa inquebrantable e inmensurable vocación, nos condujo también hacia la investigación, tarea difícil, sobre todo en aquellos momentos de inicio. Con ella elaboramos nuestros primeros proyectos y en su compañía incursionamos en el desarrollo de la investigación, en la discusión de los paradigmas y métodos y en la aplicación de procedimientos e instrumentos, así como en la discusión y análisis de resultados. A medida que avanzábamos, nos estimuló para que presentáramos proyectos individuales ante el CDCHT, nos orientó para que diéramos nuestros pasos en la difusión del conocimiento, a través de la publicación de los hallazgos encontrados. Quizás, nos costó un poco, dado que ella deseaba que todo lo que se publicara se hiciera dentro de los más absolutos cánones de rigurosidad y eso nos limitaba en nuestra intención de poner en blanco y negro nuestras ideas. Porque ella cuidaba de todos los detalles a fin de evitar los desaciertos

y riesgos que se corren en el campo de la investigación. No obstante, a pesar de las exigencias, es noble reconocer que fue ella igualmente quien nos introdujo también en ese sendero, a veces escarpado, pero que hoy está dando sus frutos. A mi memoria también llegan recuerdos de aquellos días cuando a proposición de ella ante el Directorio del CDCHT y, en su compañía, me inicié como miembro integrante de la Subcomisión evaluadora de Ciencias de la Educación del CDCHT, tarea que realicé a su lado durante varios años y que me permitió compartir tantas dudas y reflexiones sobre el quehacer científico y sus alcances en el campo de la educación.

Como profesional fue ejemplo incuestionable de abnegación y constancia. Su acción pedagógica estaba signada siempre en abrir caminos seguros y coherentes para que los estudiantes y profesores pudiéramos alcanzar una formación permanente y con sentido, tanto para quienes nos formábamos a su lado, como para la Escuela de Educación como institución. María Eugenia fue una luchadora incansable por sembrar los valores del bien, de la sabiduría, de la solidaridad y del compromiso irrefutable con el trabajo, para formar docentes con convicciones claras y firmes que no fuera posible quebrantarlas ante las dificultades y engaños de la vida. Ahora veo claro que su idea era sembrar en nosotras esa profunda convicción de nuestro papel como formadoras de formadores, guiando nuestros pasos por los caminos de la plena realización. La profesora María Eugenia, trabajó tan incansablemente en este campo que su trayectoria en el área de investigación en lectura y escritura, es hoy ampliamente reconocida tanto a nivel nacional como internacional. Dejó una obra escrita imponderable que hoy está siendo estudiada por sus contribuciones en la promoción de cambios substanciales en la formación del profesorado y en la práctica pedagógica en las aulas.

La profesora Dubois, como usualmente la llamábamos quienes fuimos sus alumnos, por el gran respeto que nos infundía su altiva personalidad, fue un ser humano excepcional, lleno de una profunda sensibilidad. Era grato visitarla, porque allí en ese rinconcito de su casa descubría y dejaba que descubriéramos su ser amoroso, comprensivo y sensible. Mostraba con absoluta transparencia ese lado humano, que en la universidad quizás no era posible desnudar, dada su permanente entrega al trabajo académico. Pero cuando solíamos reunirnos bien en su casa o en otros espacios, la veíamos



compartir con alegría y disfrutar de cosas sencillas. Su risa era afable y llena de una gran sensibilidad. Era hermoso descubrir en ella esa faceta de artista plástico, en su taller de construcción de muñecas y tapices, de campanas y molas. Allí ella desbordaba esa profunda creatividad que llevaba dentro de sí. En aquellos inolvidables años de contacto permanente, estábamos pendientes de cuándo lanzaba su exposición, para quedarnos con algunas de sus obras. Y qué no decir cuando en ocasiones se sentaba a interpretar algunas melodías en su piano, su instrumento preferido y fiel compañero, que con sus notas llenaba de alegría aquellos sublimes momentos de sosiego y de amistad y, por qué no, de tristeza y soledad también.

Sembró mucho en nuestra institución, con la firmeza indoblegable de su espíritu fundada en sus principios y valores. Por ello hoy, podemos decir agradecidos que fuimos afortunados al contar con su cálida presencia aquí y con su profunda y solidaria compañía, porque fue una de esas personas, que a lo largo de nuestras vidas, resulta esencial haberla conocido. Su obra inestimable probablemente en vida no la supimos apreciar, no por indiferencia ni deslealtad, sino quizás porque el devenir de la vida misma, no nos permitió hacer un alto en nuestras ocupaciones para dedicar un instante al reconocimiento de lo que fue su aporte a nuestras vidas, a nuestra Universidad de Los Andes, a la sociedad y al país. Hoy, aunque un poco tarde, porque ya ella se ha ido, quisiera expresar con la autenticidad de mis sentimientos mi más profundo agradecimiento y mi reconocimiento a su obra, a la labor de esta abnegada y luchadora mujer como fue María Eugenia Dubois.

Profesora María Eugenia, ¡reciba mi eterna gratitud!!!

Mérida, marzo de 2008